

SOBRE TÉRMINOS BOTÁNICOS DE ORIGEN GRECOLATINO

Mi hermano Emilio, experto botánico, hombre preocupado por el idioma español, como es tradición en la familia ya desde nuestro padre D. Emilio (q. e. p. d.), y, sobre todo, persona razonable, me transmite algo perplejo el material de una curiosa polémica sobre nomenclatura botánica que comenzó D. Mariano García Rollán en una revista desconocida para mí llamada *Tarrelos* y en el *Boletín de la Sociedad Micológica de Madrid* (XI 1986, 165-168) y en la cual intervinieron colectivamente el P. Manuel Lafnz S.I., D. Jesús M.^a Liaño y D. Félix Muñoz Garmendia [*Anales Jard. Bot. Madrid* 44(1): 188-189. 1987].

Ni soy botánico profesional ni, por tanto, me ha dado nadie ninguna vela técnica en este entierro; pero sí me jacto —pobre jactancia— de haber escrito trabajos bastante atendidos —al menos mis normas, citadas o no, suelen ser seguidas en manuales científicos, artículos periodísticos, etc.— sobre los métodos correctos en punto a transcripción castellana —creo que se prepara algo similar para el catalán, y el gallego y el vascuence ya lo irían necesitando— de los nombres propios y comunes derivados del griego bien a través del latín o, en muy pocos casos, del bizantino y moderno o generalmente mediante creación de neologismos desde el siglo XIII hasta hoy. Así sobre todo *La transcripción castellana de los nombres propios griegos* (Madrid, 1969²) y también *Ínsula* 15-XII-1947, 15-III-1955, marzo-abril 1980; *Est. Cl.* V 1959-1960, 433-436; VI 1961-1962, 598-599; VIII 1964, 184-204; XXII 1978, 175-192; *Las Ciencias* XXVI 1961, 121-133; *Ens. Med.* CLVI 1965, 1467-1482; *Rev. Occ.* IV 1966, 95-106; *Enciclopedia Lingüística Hispánica* II, Madrid, 1966, 51-77; *Madrid* 4-IV-1967; *Español Actual* XXIV 1973, 1-6; *Helmantica* XXVIII 1977, 137-161.

Ello creo que me autoriza a rogar la publicación de estas breves notas; porque, aunque ninguno de los polemistas hace la menor alusión a los helenistas, latinistas y especialistas en Historia del español como convenientes autoridades —si bien en las teorías de Font Quer creo rastrear la influencia de la buena escuela de helenistas de la Universidad de Barcelona, de que fueron hitos señalados Bergnes de las Casas, Balari i Jovany y Segalá—, y aunque al menos el único de ellos a quien conozco, Jesús M.^a Liaño, me consta que puede juzgar por sí mismo, somos nosotros, aun con nuestra ignorancia científica, quienes debemos opinar ante todo; y a los botánicos les toca el examinar nuestras observaciones, corregir los errores en que sin duda incurriremos aquellos a quienes nos cuesta distinguir entre los estambres y los pistilos, y decidir luego si nuestra norma teórica es aplicable o no.

Porque me temo que los componentes de uno y otro bando pecan de lo mismo en que también pecaba, con todos los mercedísimos respetos, el llorado D. Pfo Font Quer, origen de la polémica; y ello es achaque —perdóneseme si ofendo con estas palabras que quisiera llenas de afecto y comprensión para todos— común a aquellas personas que, siendo todo lo sabias que se quiera —y en este caso no hay duda— en sus respectivas materias, no tienen como dedicación primordial o exclusiva la Lingüística.

Suelen los tales —y ello les honra— enfocar estas cuestiones con criterios demasiado rigoristas: es usual que pregunten si “se debe”, si “se puede”, si “está autorizado” este o el otro uso; y los miembros de la Real Academia Española están muy acostumbrados a que en libros, periódicos o consultas escritas u orales se les pidan no ya criterios, sino dictámenes, veredictos, absoluciones o condenas. Pero las cosas nunca son tan sencillas.

Parece que en alguna república hermana, bajo la inspiración de un encomiable amor al español, se han establecido legalmente multas o quizá cárceles para los "delincuentes" contra el idioma, aunque supongo que después de todo no habrá llegado la sangre al río. Pero no, nuestros académicos y cuantos modestamente podamos asesorarles sabemos muy bien cuál es el papel de la docta institución: limpiar, fijar y dar esplendor a la lengua, conforme a su famoso y a veces ridiculizado lema, y mantenerse en el más difícil de los equilibrios. Porque, si nos aferráramos tozudamente al precedente, sin admitir desviaciones sobre lo que "debe" decirse, nos veríamos —ese es un acierto del señor García Rollán— en la necesidad de emplear no ya *ruju¹ —que además no sería así, sino algo como *rusu—, *óculo, *século, *nigro, sino russeu(m), oculu(m), saeculu(m), nigru(m), esto es, tendríamos que hablar simplemente latín y, si se me apura, no ya el bajo latín de Hispania, sino el clásico que escribieron Séneca o Trajano. Y, en el caso del griego, a la complicada evolución de cuyas palabras aludí antes, el no haberse hablado nunca en la Península salvo por los vetérrimos colonos de Ampurias o Rosas, algunas personas o grupos aferrados a su identidad helénica en el mundo hispanorromano y el estrato superior bizantino que ocupó el Levante desde Atanagildo, en el VI, hasta Suintila, en el VII, hacen que la pretensión de remontarse a los originales sea demencial.

Ahora bien, si la Academia no intentara, dentro de sus limitadas fuerzas, hacer oír su voz, esforzarse en limpiar lo más sucio y fijar lo más fluctuante, dictar normas nunca obligatorias, pero siempre autorizadas, iríamos al caos lingüístico y repetiríamos en nuestro español de hoy la triste fortuna centrífuga del latín, escindido en lenguas romances, o, mucho antes, del indoeuropeo, hasta tal punto fragmentado que hoy cuesta mucho creer que los indios, los rusos, los irlandeses y nosotros empleamos el mismo idioma tremendamente adulterado.

La Academia o los lingüistas damos, pues, pautas; pero el pueblo nos sigue o no y está perfectamente autorizado a obrar así. De ahí la necesidad de un exquisito tacto para ni caer en la estridencia del arcaísmo inviable —¿quién podría obligar a nuestros coetáneos a decir ahora "la estatua de la Cíbele", "mi hermana Sofía", "Pepe puntúa mucho con el coma"?— ni permitir barbarismos, a veces procedentes, para mayor inri, del francés o el inglés, que dejen nuestra lengua —sigamos con el símil— hecha un estercolero.

Es una lucha titánica. A veces triunfamos los relativamente "puristas" (éste parece ser el caso de "psicología", defendida, claro está, entre muchos por el eminente D. Pío; y ya casi nadie dice "pentágrama" y menos "telégrama"), pero en otras ocasiones nuestro fracaso es estrepitoso: un periódico madrileño, a pesar de que hace muchos años que el eruditísimo D. Eustaquio Echauri puso en la picota las dos palabras como galicismos indeseables, sigue empleando en vena satírica "rapsoda" y "autodidacta", y al detestable "lesbiana" no hay quien lo apee.

Pero, en fin, vayamos a nuestro caso. Yo manejo con frecuencia el *Diccionario de Botánica* de D. Pío Font Quer, en la reimpresión de Barcelona, 1975, y lo estimo, lego en la materia, como obra valiosa y documentada por parte de director y colaboradores; no me extraña que esa espléndida escuela botánica catalana, de que Oriol de Bolós es eximio representante, siga fielmente sus lemas.

Permítaseme, sin embargo, que, situado entre tirios y troyanos —o, como Ulises, entre la amenazadora Escila, por una parte, y la horrible Caribdis, por otra, y a este respecto debo afirmar que también mis trabajos han sufrido, frente a algunos elogios, las críticas adversas de quienes me acusan de autoritarismo intransigente o de entreguismo ante la plebe ignara—, reparta unos cuantos cariñosos palos a diestra y siniestra. Porque, como en casi todo lo humano —y la Lingüística dista mucho de ser una ciencia exacta—, nadie tiene aquí toda la razón.

Ya sé que ambas partes aspiran a una meritoria uniformización del lenguaje científico:

¹ Aquí, y en lo sucesivo, el asterisco que precede a una palabra, como es usual en lingüística, indica que se trata de una forma supuesta.

esto es una utopía. Uniformemos, sí, pero sólo en lo posible; propongamos formas alternativas en la esperanza de que obtendrán éxito —y ella estará tanto más fundada cuanto que los usuarios futuros del lenguaje botánico han de ser gente culta y sensata—, pero resignémonos ya desde ahora a que las anomalías realmente enraizadas en el corazón de nuestro idioma desde el Renacimiento sigan erigidas en uso general.

Así proceden, al parecer, pero no he tenido tiempo ni es aquí el caso de hacer un estudio sistemático, autoridades citadas por el señor García Rollán, como el competente genetista D. Juan Ramón Lacadena y persona tan querida y admirada como fue por los míos y por mí como D. Salustio Alvarado, amigo, discípulo y colega de mi padre, y padre, a su vez, de Rafael Alvarado, maestro de la Zoología muy atento siempre a la materia taxonómica.

Las voces discutidas por el señor García Rollán afectan esencialmente —en lo que sigue, para mayor simplicidad tipográfica, transcribo a nuestro alfabeto las palabras griegas esperando que la revista no tendrá ninguna dificultad para señalar con la correspondiente raya superpuesta la *e* y la *o* largas y advirtiendo que en estos casos faltará el acento que debiera recaer sobre la vocal en cuestión, así como tampoco lo llevará la *y*— a tres aspectos:

- I. Cuestiones de acento griego y latino y, sobre todo, lo que llama el originador de la polémica “esdrújulismo”, frente al cual existe también, como veremos, un correspondiente “llanismo”.
- II. Cuestiones de adaptación fonética, solamente una en este caso.
- III. Cuestiones de formación de palabras generalmente manifestadas en discrepancias relativas a la vocal final.

En lo que atañe al acento, la norma fija en España e Italia —allí, donde en realidad casi puede decirse que hablan latín levemente modificado, la llevan más o menos rigurosamente, pero con el bajón de los estudios clásicos también en su Bachillerato empiezan ya a pronunciar con acento en la segunda, y no en la primera, que sería lo ortodoxo, sus equivalentes de nuestros heterodoxos *Esquilo*, *Helena*, *Edipo*— está clara y depende de la cantidad de la penúltima sílaba en latín, que asimismo en dicha lengua regía el acento: penúltima larga, acento en ella; penúltima breve, acento en la antepenúltima; nunca acento en la última.

¿Por qué “debemos” atenemos al latín cuando se trate de palabras griegas? Advertiré ante todo que también en este aspecto ha habido diversidad de opiniones. El llorado D. Antonio García y Bellido sostenía que hemos de preferir la forma griega originaria y escribir, por ejemplo, *Pythagóras* y no *Pitágoras*, *Aísopos* y no *Esopo*, *Periklés* y no *Pericles*. Pero ello apenas creó escuela. Porque los helenismos de nuestro idioma o bien han pasado por el latín convirtiéndose en otras tantas de los miles de voces latinas que llegaron a la Península o bien han sido forjados como neologismos que conviene —aquí sí en aras de la uniformidad— alinear con sus predecesores históricos.

Ahora bien, veamos una a una las discrepancias de la polémica en cuestión.

I. Cuestiones de acento.

a) En palabras de origen griego.

1. Derivados de *phytón* “planta”: en griego clásico (utilizo el *Rückläufiges Wörterbuch der griechischen Sprache*, Gotinga, 1963², de P. Kretschmer y E. Locker), 32 compuestos, pero ninguno, si no me equivoco, aplicado a modalidades de plantas; el *Diccionario de la Lengua Española*, en su vigésima edición, de Madrid, 1984 (también aquí es imprescindible el muy reciente *Diccionario Inverso de la Lengua Española*, de I. Bosque y M. Pérez Fernández, Madrid, 1987), acoge (además de un término zoológico, *zoófito*) cinco vocablos botánicos con vacilación desorientadora (*briofito*, *pteridofito*, *saprofito*; *xerófito*, *zoófito*; se nos da a elegir entre *rizofito* o *rizófito*). Tiene razón D. Pío: estamos a tiempo de que nuestros estudiantes se acostumbren a emplear el esdrújulo.

2. Derivados de *sporá* “semilla”. En griego, 44 adjetivos en *-spóros* o *-sporos*, ninguno con connotación muy técnica; cinco femeninos en *-sporá*, relativos a la siembra o sus modalidades; en el DLE, solamente el mineral *diásporo*, la *diáspora* o emigración colectiva y la

zoospora. También aquí parece tener razón Font Quer: pueden las futuras generaciones "esdrújular" y, según me dicen, existe ya una tendencia en ese aspecto.

3. Derivados de *phásis*, en griego "declaración, etc." (así lat. *phasis* en Calcidio, un traductor de Platón; en estos casos yo consulto el libro de F. O. Weise, *Die griechischen Wörter im Latein*, Leipzig, 1882, reimpr. 1964), pero también "aparición (de un astro)", y de ahí "fase (de la Luna, por ejemplo)". La palabra estuvo oculta hasta principios del XVIII, en que reapareció con sentido astronómico hasta hacerse hoy ubicua. ¿Por qué fase y no **fasis* como *crisis* o *análisis*? Diríamos que por galicismo, y lo mismo acerca de *base* y *eclipse*, llegadas al español por las mismas fechas, si *eclipse* no estuviera atestiguado nada menos que por Nebrija a fines del XV (con flexión latina en vez de griega, y así el acusativo *eclipse* pierde en latín vulgar y castellano su consonante final) y *frase* a principios del XVII. En todo caso, échele usted un galgo al origen griego. No, D. Pío, imitemos al DLE, que no intenta imponer **désfase* en palabra que hoy usamos tanto, y resignémonos a *anafase*, *interfase* y *metafase*.

4. Más adelante se tocarán temas acentuales respecto a *gámeta*, *tétrade*, *paráfisis* y *-micetes*.

b) En palabras de origen latino.

Font Quer usa *vacúolo* y teóricamente con razón, porque la penúltima latina de este tipo es breve; sus antagonistas se le echan en cara. La Academia, según el DILE, vuelve a fluctuar en términos afines a éste: ya hace años nos autorizó a elegir, y así consta en el DLE, entre *alveolo* o *alvéolo* (esto último, como podía esperarse, en Font Quer), *peciolo* o *pectolo* (id.), *gladiolo* o *gladiolo*, *bronquiolo* o *bronquíolo*; parece "imponer" *maléolo*, *nucléolo* y palabras que ningún profano emplea hoy, como *faséolo*, *foliolo* (así Font), *muléolo*, *ariolo* y *cabriolo*; y también, sensatamente, *vitriolo*, aunque hoy no sea voz tan popular como cuando la gente se lo tiraba a la cara: *vitriolo* sería un fracaso. Dejemos, pues, al buen D. Pío con su *vacúolo* y que él, desde donde Dios lo tenga, tolere a su vez *vacuolo*.

II. Cuestiones de adaptación fonética.

Solamente hay una y no es difícil. Los diptongos griegos *ai*, *ei*, *oi* pasan en latín a *ae*, *i*, *oe* y en castellano a *e*, *i*, *e*. Por tanto, *meiōsis* tendría teóricamente que resolverse en **miosis*. Pero esto produciría confusiones, por ejemplo, con las voces del grupo que designa al músculo; y las combinaciones *aia*, *eio*, etc., resultan exóticas en nuestra lengua. Es, pues, costumbre antigua de ésta el usar de la *y*, deshaciendo el diptongo, en casos como *náyade*, *eláyometro*, *pléyade*, *epiqueya*; *epopeya*, *etopeya* y *prosopopeya*; *Troya*, el nombre del vegetal *tuya*, a los que el *meiosis* de Font Quer puede unirse perfectamente.

III. Cuestiones de formación de palabras.

a) Un caso curioso es el del masculino *gámeta*, que él deriva del griego *gamētēs*. Pero esto presenta dos dificultades: que dicha palabra significa en aquella lengua "marido", con lo que el sexo botánico se personaliza demasiado, y que, por razones complicadas, su sufijo resulta una excepción respecto a otros con *-ētēs*, que han dado sin dificultad masculinos como *cometa*, *esteta*, *planeta*, *poeta*, *profeta* frente a *gámeta*. Por otra parte, en un fenómeno de galicismo fonético al que volveremos, nuestros botánicos se han acogido al francés *gamète*, cuya final puede equivaler tanto a nuestra *-a* como a nuestra *-o*, creando sin más *gameto*. Un monstruo, de acuerdo; pero yo me pregunto si no será defendible en la idea de que, aunque no esté atestiguado, quizá existió en griego un adjetivo verbal **gamētós* que pudiera significar "que engendra", "que es engendrado", "que puede engendrar", "que puede ser engendrado" y que daría un *gameto* perfecto etimológica y semánticamente.

b) *Meristema* vino ya de otros idiomas europeos como un barbarismo: si procede de *merizō* "dividir" tendríamos que decir **merisma*, como *carisma* o *sofisma*; pero *meristema* es doblemente bárbaro y huele a mala interpretación del francés o inglés.

c) En griego tenemos *chrōma* "color" y muchos adjetivos compuestos del mismo en *-chrōmos* que realmente el español acentúa mal, pues lo correcto es, por ejemplo, *poli-*

cromo y no *policromo*. Pero no hay en la lengua antigua otro sustantivo compuesto de dicho simple que *pánchrōma*, glosa que designa a la flor de la verbena. *Lipocroma* "pigmento disuelto en grasa" es una formación mediocre, pero a *lipocromo* se le puede aplicar lo que acabo de decir.

d) Se ataca a Font Quer por decir *mitocondrio* en vez de *mitocondria*: las dos formas son aceptables. La palabra se deriva de un neutro de la segunda declinación que puede ser reproducido en español según varios tipos: *bronquio*, *criterio*; *hipébaton*, *colon*; *almidón*, *esternón*; *cereza*, *crónica*.

e) Resulta dudoso el problema de *bacteria*, trasunto irreprochable del griego *baktēria* "bastón", vocablo femenino de la primera declinación. En francés se dice *une bactérie*; en alemán, *eine Bakterie*. Es cierto que el italiano y el inglés van por otro lado: *un batterio*, *a bacterium*. Los diccionarios de una y otra lengua que he manejado remiten al "latín científico" o "latín moderno" * *bacterium*, que no está en los clásicos y del que *The Concise Oxford Dictionary* considera antecedente al griego *baktērion*, según él diminutivo de *bákrton* "bastón", pero que en realidad dan los cómicos como tal de *baktēria*. El *bacterio* de Font Quer tendría a su favor el hecho de que las bacterias son más bien "bastoncitos" que "bastones"; pero los exiguos elementos de la retina designados a veces como *bastoncillos* es frecuente que aparezcan como *bastones*. Parece, pues, preferible atenerse al uso general y conservar *bacteria*.

f) Creo intuir los criterios que pueden haber movido a los científicos franceses (Payen y Persoz observaron ya el fenómeno en 1833), alemanes (Kühne, en 1877) e ingleses (Sumner, en 1926) para la creación de *une enzyme*, *eine Enzyme*, *an enzyme*. En griego tenemos *zymē* "levadura, fermento" (* *zymós* "zumo, jugo", contra lo que se suele leer, no existe) con cinco derivados clásicos: *ázymos* "sin fermentar", aplicado al pan sobre todo en relación con el rito hebreo bien conocido; *apózymos* "que está fermentando"; *akrózymos* "ligeramente fermentado"; *katázymos* "totalmente fermentado" y *eúzymos* "bien fermentado". En lo postclásico, solamente S. Juan Damasceno nos presenta *énzymos* significando también "fermentado". Ahora bien, todos esos adjetivos se aplican al objeto de la fermentación, pero lo que se buscaba era algo que designara al agente catalítico del proceso. Supongo, pues, que, al hallarse la cita del de Damasco en un léxico tan corriente en el XIX como el de E. A. Sophocles, *Greek Lexicon of the Roman and Byzantine Periods I-II*, Nueva York, 1870², y al pensar los científicos que el prefijo *en-* era el que mejor respondía al concepto de llevar dentro el proceso, se derivó a partir de *énzymos* sin complicaciones en cuanto a la vocal final por lo que toca a los tres idiomas citados. El italiano se vio ya obligado a elegir y acomodó el vocablo a los muchísimos derivados de neutros en *-a*: *un enzima*, *diversi enzimi* como *un sistema*, *diversi sistemi*. Pero el neutro * *zýma* tampoco existe; yo me inclinaría, pues, a respetar el *enzima* que todo el mundo utiliza.

g) Aunque en griego hay muchos compuestos como base de los nuestros en *asco-* (*askodētēs* "correa de un odre", *askopēra* "alforja en forma de odre", etc.), el caso del simple *asco* es realmente espinoso. Esta transcripción, propuesta a rajatabla por Font, hace reír (lo cual no es impedimento baladí: los helenistas y latinistas tenemos que esforzarnos en no citar al hermano de Safo llamado *Carajo* o al gran tragón romano *Lucúlo*); pero *asco* es un galicismo inaceptable. ¿Por qué obstinarse en el helenismo y no generalizar, por ejemplo, *utrículo*? Me doy cuenta, sin embargo, de que el hecho de que esta palabra genérica tenga varios empleos botánicos plantearía problemas.

h) *Tétrade*, de Font, y *tétrada* son perfectamente indiferentes. Decimos *égida*, *Atlántida*, *Eneida*, *Ilíada*, pero *Danaide*, *Oceánide*, *Aulide*; allí nos atenemos al acusativo griego, y aquí al latino.

i) En griego "piel" se expresa con el neutro *dérma*, sobre el cual se forman dos adjetivos femeninos, uno hipocrático, *epidermís* "(membrana) que forma la parte superior de la piel", y otro tardío, *hypodermís* "clitoris". Sobre éstos se constituyó en nuestra lengua, a fines del XIX, *dermis* "piel". En griego hay 17 adjetivos compuestos que indican posesión de un cierto tipo de piel, lo cual justifica nuestras voces modernas *paquidermo* y *equinodermo*,

y sólo dos neutros en *-dérmon* que indican una clase de piel curtida, pero no un elemento de la piel humana o animal viva. Así resulta injustificable sustituir, como Font Quer, *endo-dermo* por *endodermis*.

j) Teniendo en cuenta que el griego ofrece sólo dos derivados en *-anthos*, uno designando a una flor y otro a una planta, y otros cuatro en *-ánthion*, uno para hablar de flores y tres de plantas, pero nada que nombre a elementos de la flor, parece indiferente el uso del *perianto* de Font o el *periantio* de otros.

k) Si *paráfisis* designa a una célula que se desarrolla al lado de algo o entre medias de algo, y puesto que *paráphysis* se aplica a un vástago vegetal, un tumor, etc., aquel vocablo de Font es correcto y *parafiso* resulta tan monstruoso en cuanto a formación como en cuanto a acento.

l) Y, finalmente, *mykês*, palabra griega que significa "hongo, seta" y cuyo genitivo singular y nominativo plural son respectivamente *mykêtos* y *mykêtes*: *kaulomykêtes* llama el guasón de Luciano (*Verd. Hist. I 16*) a unos fabulosos soldados que usan un espárrago como lanza y una seta como escudo. Parece, pues, que *ascomiceto*, *basidiomiceto*, etc., deben su final al tan citado galicismo. El señor García Rollán acusa de "esdrujulismo" a D. Pfo, que por lo visto en algún momento escribía *ascomicetes*, *basidiomicetes*, *esquizomicetes*; pero en el libro que manejamos se lee *ascomicetes*, *basidiomicetes* y *esquizomicetes* y creo que los botánicos estarían aún a tiempo de generalizar estas formas castizas y correctas.

Hemos tratado, pues, 17 casos: en seis de ellos (*-ófito*, *-óspora*, *meyosis*, *lipocroma*, *paráfisis*, *-micetes*) nuestro dictamen es positivo para Font Quer y sus colaboradores; en otros dos (*meristema*, *asco*) emitimos un "sí con reparos"; en cuatro (*vacúolo*, *mitocondria*, *tétrade*, *perianto*) declaramos indiferente uno u otro uso; solamente de cinco propuestas (*-áfase*, *gámeta*, *bacterio*, *enzimo*, *endodermis*) más bien discrepamos. No resulta mal balance.

Manuel FERNÁNDEZ-GALIANO